

Siete notas para pensar la nación

NATALIA MONZÓN MONTEBELLO

RESENHA: VERNIK, E. (coord.). **Atualidad de la nación:** materia y memoria de la vida popular. Los Polvorines: Universidad Nacional de General Sarmiento, 2018.

(1)

Max Weber y William Edward Burhardt Du Bois se conocieron por los años ochenta del siglo XIX, cuando estudiaban en la Universidad Humboldt de Berlín. De manera que no era en nada inesperado que Weber entrara en contacto con Du Bois durante su viaje por los Estados Unidos, en 1904. Du Bois acababa de publicar su libro *The Souls of Black Folk*, era profesor de la Universidad de Atlanta y el primer investigador de origen africana admitido en las universidades norteamericanas. Se encontraron en St. Louis, por ocasión del Congreso de la Exposición Mundial de Artes y Ciencias, y emprendieron, desde ese encuentro, una intensa conversación tematizada por las dimensiones de raza y clase. En carta de noviembre del mismo año, cuando encerraba su viaje, Weber escribe a Du Bois sobre el tema y concluye citándolo, cuando se refiere a la importancia decisiva de la noción de la “línea del color”, que Du Bois había presentado en su libro recién publicado.

Son estas las coordinadas históricas sobre las que Esteban Vernik (2018) piensa la nación en “Sobre las identidades sociales: clase, etnia y nación. Del encuentro de Max Weber con W. E. B. Du Bois”. Si la contemporaneidad parece exigir, al pensamiento social en general y a estos pensadores en particular, herramientas de problematización que logren articular las dimensiones de clase, etnia y nación, nuevas preguntas deben elaborarse sobre el problema más amplio de las identidades, su multiplicidad, su funcionamiento y sus demarcaciones — de lo individual y de lo social.

NATALIA MONZÓN MONTEBELLO

Doutora em Ciências Sociais pela Pontifícia Universidade Católica de São Paulo, professora de Ciência Política no curso de Ciências Sociais da Universidade Estadual do Ceará, coordenadora do Observatório das Nacionalidades e editora da revista *Tensões Mundiais*. E-mail: natalia.montebello@uece.br

¿Las identidades nos conforman, nos hacen ser 'lo que somos'? (como si dijéramos 'la nación que somos'). ¿Hasta dónde somos lo que son nuestras identidades? (en tanto estas últimas, al igual que nosotros mismos, se encuentran en procesos de cambio). ¿Qué relación puede postularse entre las identidades y la personalidad de los individuos? (VERNIK, 2018, p. 19 - 20).

Será a la sombra de esas preguntas que Vernik (2018) localiza, en el reencuentro de Weber con Du Bois en los Estados Unidos, la llave para la articulación de las categorías de clase, etnia y nación. Y así es como Vernik (2018, p. 20 - 21) se detiene con cuidado en la "(...) en cierta medida inconclusa y enigmática obra" de Weber, mostrando, en ciertas precisas cadencias del tema de la nación, no apenas su actualidad, sino más bien su urgencia.

(2)

Si Weber es urgente al problematizar, hoy, la nación, lo mismo ocurre, según Mônica Dias Martins, con Gramsci. Aunque no se haya dedicado sistemáticamente al análisis teórico de la nación, Gramsci se encuentra en un punto crítico de la contemporaneidad, sobre el cual escribe, según Martins, apasionadamente "(...) la adhesión de las masas al fascismo y el fracaso de la revolución socialista en la Europa occidental" (VERNIK, 2018, p. 37). En "Contribuciones de Gramsci a la idea de nación", la autora reúne años de encuentros, conversaciones y estudios, en el ámbito del grupo de investigación Observatorio de las Nacionalidades, en la Universidad Estadual de Ceará, orientados al pensar las articulaciones entre nacionalismos e internacionalismos.

Es por la familiaridad que la autora tiene con el tema — así como por su vivaz reconocimiento de la dimensión colectiva de todo pensar — que una tan breve revisión de la amplia y densa obra de Gramsci puede ser al mismo tiempo tan precisa y directa. De ese modo, ciertos puntos en la obra del pensador italiano son presentados para la comprensión certera de su pertinencia en lo que a la cuestión nacional se refiere. Hoy, más allá de las circunstancias particulares de la Italia de la primera mitad del siglo XX, cuando las inquietaciones de Gramsci parecen recrudecer

exactamente sobre los aspectos destacados en su obra por la autora: la confluencia entre las dimensiones de lo nacional y lo internacional, la noción de un Estado ampliado como actualización gramsciana de la teoría marxista del Estado y de la acción revolucionaria, la importancia de la educación en un proyecto político socialista y, finalmente, las condiciones para la formación de una voluntad colectiva nacional-popular.

(3)

Las vueltas y derivas políticas animadas por el petróleo proporcionan a una breve historia del siglo XX en Argentina el punto de vista que la torna, hoy, tan singular cuanto pertinente. En “El petróleo y el olor a nación”, Horacio González conduce al lector por una intrincada trama política en la que se teje, de una cierta manera, el paisaje nacional argentino.

El petróleo tiene una historicidad natural con un ciclo en la escala de tiempo que obliga pensar en el neolítico o el paleolítico. El tiempo de la nación es contemporáneo, afecta a espacios de memoria que solemos connotar con palabras como modernidad y otras por el estilo. ¿Dónde comenzamos a buscar las naciones, en la remota era mesozoica o en este caso en los insípidos siglos XVI o XVII? Petróleo y nación cruzan sus diferentes historicidades (VERNIK, 2018, p. 63).

El juego de esas dos dimensiones históricas da a González la llave analítica para inscribir el tema de la nación en la superficie misma del planeta, donde se reformulan, en la historia humana, las emanaciones de las profundidades geológicas. Nación y petróleo, o mejor: nación y olor a golpe, pues “El olor lo tiene el petróleo porque el petróleo es también el que tiene olor a golpe. Es la tecnología que hiende la naturaleza para tratar de interferir en la historia” (VERNIK, 2018, p. 65). ¿Es ese el olor por detrás de las luchas políticas por el poder de una nación?

(4)

Así como el olor a petróleo le sirve a González para dibujar un punto crítico en la construcción histórica del paisaje nacional argentino, Jorgelina Loza busca en las riquezas materiales y

culturales de México las pistas para una reconstrucción igualmente crítica de la comunidad nacional en ese otro país latinoamericano.

En México, el proceso de construcción de la comunidad nacional está cubierto de vaivenes, contradicciones y revoluciones, al igual que en las demás naciones latinoamericanas. En ese proceso histórico, el territorio se fue definiendo en vinculación con otras naciones y en relación con la asimilación de los diversos pueblos que lo habitaban. Los recursos naturales de la nación mexicana ocuparon diferentes posiciones en la construcción de la idea de unidad nacional, otorgando el sustento que Renán menciona y a la vez construyendo la base material de la idea de nación (VERNIK, 2018, p. 67-68).

En México: aunque se trate de una historia singular, los vestigios del petróleo en la imaginación nacional parecen describir una historia mayor, la del capitalismo planetario, demarcando tierras según produzcan bienes finales (y su necesidad de consumo) o extraigan materias primas para servir a los productores comandando el sistema. Entonces, la pregunta elaborada por Loza en “Las raíces materiales de la idea de Nación: recursos naturales e identidad nacional en México”, sobre “[...] los significados del petróleo para la construcción de la nación mexicana” (VERNIK, 2018, p. 68) se podría duplicar a todas aquellas naciones que, desde sus subsuelos, deben defenderse de un sistema planetario que concentra poderes mientras propaga desigualdades. Hay casi siempre alguna riqueza para medir una nación, para enaltecerla o defenderla... o venderla.

En México, hay naciones, hay revolución, hay guerra. La Revolución dio a la política la misión de fundar una nueva nación mexicana, misión de encontrar una “mexicanidad” indígena y a la vez contemporánea, unidad cosmopolita, tradicional y soberana. Y sobre el petróleo debería fundarse ese nuevo proyecto cultural. Lo nacional pasaría a ser, de manera más evidente, la defensa de las riquezas nacionales, desde el Estado. Es sobre esa ecuación que la autora problematiza lo que entiende como un proceso histórico y político en abierto: la construcción de una comunidad nacional.

(5)

América Latina sigue siendo un incómodo, algo que no termina de resolverse, que no termina de encajar, de adaptarse al imperativo orden mundial. En “¿Comunidades imaginables? Nación y globalización en América Latina”, Ricardo Aronskind redimensiona las preguntas sobre lo nacional, desde esa amplitud política, a un tiempo global y local, colectiva y particular a la que se llama, designando también su insumisión cultural, América Latina. Aparecen ciertos los bordes de lo nacional, puntos extremos: “En el siglo XXI latinoamericano, la disolución de la nación se propone en nombre del individuo atomizado, de las empresas internacionalizadas, del interés particular, del cálculo sectorial, del patriotismo de los negocios” (VERNIK, 2018, p. 90).

En los extremos de la nación no habría más otras naciones, otros intereses nacionales, sino el fin de los proyectos de vida colectivos. Lo que resta hoy de la nación se encuentra en las efectivas posibilidades de vida colectiva. Si las naciones, como nos recuerda Mônica Dias Martins, son inseparables de lo internacional, entonces en sus bordes cabe pensar con cuidado, primero, el proceso de globalización. Es lo que hace Aronskind, y va directo al grano:

La globalización es un proceso de expansión del capital de los países centrales sobre la totalidad del globo, de apropiación de medios de producción, recursos naturales y fuentes de renta periféricas, para lo cual ha habido un sistemático esfuerzo promovido por las principales potencias capitalistas — y centralmente Estados Unidos — para afianzar instituciones globales que ordenen y garanticen el ‘libre movimiento de capitales’ por el globo (VERNIK, 2018, p. 91).

Entonces se trata, al fin y al cabo, de violencia, aunque legítima e institucional, pero violencia de todos modos: guerra y saqueo; apropiación de recursos y interdicción de tradiciones; desconstrucción de memorias e identidades. Y no son naciones en guerra, sino modos de vida que se oponen, que oponen lo individual a lo colectivo, el productivismo racional a la imaginación. Pero es a través de un cierto régimen institucional, trans o supranacional,

que esa guerra en curso se intensifica durante todo el siglo XX. Ese régimen institucional global subscribe las naciones empobrecidas □ material y políticamente □ a intereses muy particulares, en sintonía con un capitalismo delirante, ajeno a toda forma de vida otra. ¿Y América Latina?

El carácter inconcluso de nuestras naciones, su herencia colonial no resuelta, su industrialización trunca, su agobiante disparidad distributiva, las características ideológicas de las élites locales, la intervención siempre subdesarrollante de la gran potencia norteamericana, han sido factores estructurales que cristalizaron una fragmentación social que piso un límite al imaginario de un proyecto colectivo (VERNIK, 2018, p. 111).

(6)

Con la Ley 4144, de 1902, Cristian Gaude vuelve al siglo XX, y a la Argentina, para mostrar (en sintonía con los capítulos anteriores de este libro urgente) las articulaciones, siempre actuales y locales, entre lo nacional y la política, los juegos de poder que atraviesan esa extensión afectiva que es la nación, delimitando derechos, identidades, imaginaciones, batallas, encuentros. Reconduciendo fuerzas y tránsitos: la Ley 4144 daba al Ejecutivo la autoridad para expulsar del territorio nacional, o impedir su ingreso, a todo extranjero condenado o perseguido por tribunales legítimos de otras naciones y/o cuya conducta amenazase la seguridad nacional o perturbase el orden público. En suma, todo elemento considerado, por el Estado, peligroso. En plena huelga general, en plena consolidación política de un movimiento obrero inconformado con la lógica capitalista, las fronteras de lo nacional se levantan como armas políticas de legítima violencia... todo en nombre del orden.

La nación es mostrada por Gaude, en "Lo nacional en disputa. Diferentes acepciones de nación en la sanción y la derogación de la Ley de Residencia", como un punto de entrecruzamiento entre diversas y divergentes fuerzas vitales, como un auténtico campo de batalla, "[...] una idea en disputa que se niega a ser definida de una vez y para siempre [...] [puesto que] puede ser usada como

herramienta de dominación política y social y, al mismo tiempo, también es potencialmente un concepto de liberación que desvela la dominación externa e interna de una comunidad política y su sociedad" (VERNIK, 2018, p. 122).

Entre 1902 y 1958 (año de la derogación de la Ley 4144), se van descortinando elementos menores (no menos importantes) de la amplia y compleja cuestión nacional. ¿De qué manera el derecho, legítimamente, garantiza el disfrute de privilegios y el ejercicio de poderes desvinculados de lo que (tal vez por condescendencia intelectual) se entiende como bien público? Pero también: ¿de qué manera es en el campo de las leyes que se conquistan (aunque eventualmente se pierdan) derechos fundamentales como mínimas garantías de existencias diversas? De cualquier modo, el punto de vista que propone Gaude permite pensar la nación no entre, o ante, sino a pesar de lo nacional y lo extranjero.

La nación es unidad artificial hacia lo extranjero en un sentido no necesariamente conflictivo y reacio a la inclusión, pero al mismo tiempo es diferenciación interna entre grupos sociales diferentes y desiguales. La unidad que pretende mostrarse ante las influencias negativas de los extranjeros se resquebraja al mirar hacia adentro de la comunidad nacional. Lo nacional está siempre en conflicto entre grupos sociales que se disputan su definición (p. 147).

(7)

Se encierra esta valiosa colección de textos sobre la nación con Gabriel Cohn. Cohn piensa "La nación más allá de la nación", en la historia reciente de Brasil (de nuevo el siglo XX), pero más allá, en algún punto político crítico, entre un proyecto de pueblo y un proyecto de progreso, entre las categorías entrelazadas de nación y de clase. A estas alturas, los análisis históricos en Argentina y en México se articulan a este, en Brasil, bajo la misma cifra política que también apareció en la problematización sobre América Latina: ¿cuáles son los intereses determinantes en esas historias que hacen eco de poderes y violencias desde tiempos coloniales? ¿Ya pasaron esos tiempos? Pero, hoy, es necesario ir más

allá, afirma Gabriel Cohn. Nos propone “[...] la tesis de que, en las condiciones contemporáneas el énfasis identitario en la definición nacional es insostenible desde una perspectiva progresiva, sea ella defensiva (expresada en la búsqueda de autonomía) o expansiva (mediante la idea de soberanía)” (p. 154).

La clave para pensar hoy la nación estaría en el pueblo: la nación como “principio de organización de un pueblo, cuando se trasciende sin disolverse” (VERNIK, 2018, p. 154), afirma Cohn. ¿Qué significa, para un pueblo, trascenderse sin disolverse? Lo que se problematiza es la nación más allá de una identidad nacional centrada en si misma, inviable en un mundo de multiplicidades políticas en movimiento continuo. Nuevos tiempos, que nos exigen nuevas miradas. Sobre la identidad nacional, podríamos preguntarnos: ¿y si...?

Las condiciones contemporáneas suscitan una doble exigencia en el plano nacional. Por un lado, el ejercicio de la *responsabilidad* en el plano externo: el de la soberanía; por el otro, el de la *autonomía* en el plano interno: el de la ciudadanía. ¿Democracia radical? Sí, porque libre de componentes utilitarios. Es una posición antiutilitarista bajo todos los aspectos (VERNIK, 2018, p. 170 - 171).

Tal vez sea lo que entreteje estos siete textos indispensables: ¿y si pensáramos una democracia radical? ¿Y si el antiutilitarismo fuese nuestro principio ético en la política? Queda la pregunta: ¿qué habría, hoy, más allá de la nación?